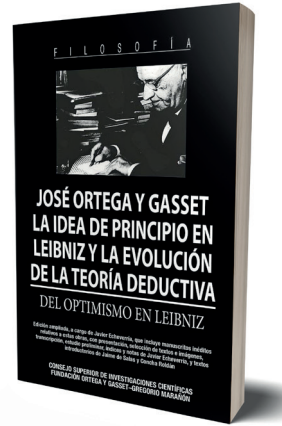


José Ortega y Gasset la idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva



Editorial : CSIC. Consejo Superior de Investigaciones Científicas y
Fundación Ortega y Gasset – Gregorio Marañón. Año 2020
COLECCIÓN: Clásicos del Pensamiento
ISBN: 978-84-00-10730-7. 745 páginas

Hay algo de sentida orfandad en la ausencia de toda gran obra perdida, inacabada o directamente no escrita. Es la sensación que muchas personas tienen con respecto a los libros de la Poética de Aristóteles, a los millares de páginas inéditas de Leibniz, a la inacabada *Crisis de las ciencias europeas* de Husserl o a las continuaciones -y discontinuidades- del *Ser y tiempo* de Heidegger.

Otro tanto sucede con esta obra magna de Ortega, pensada en principio como una trilogía de la cual solo llegó a publicarse, póstumamente, la primera de sus partes.

Estos cuatro autores que acompañan al madrileño no han sido citados en vano, fundamentalmente porque el primero, no siendo coetáneo de Ortega, es un autor universal -lo que

le sitúa más allá del tiempo y por encima de la inercia de las generaciones- y cuya influencia constituye un hito insoslayable en cualquier obra filosófica sobre temas demostrativos, y muy especialmente en esta, que pretende esbozar una evolución de la teoría deductiva desde el *Organon* del estagirita hasta la matemática de Hilbert o la física de la relatividad.

El segundo, sin duda, porque compartiendo con el autor de *La Metafísica* su condición de clásico, de polímata y genio universal cuya presencia es notoria en casi todos los ámbitos del saber humano, es el protagonista latente de esta obra, dedicada a su pensamiento sin llegar a centrarse específicamente en él, pero poniendo las bases para comprender la inabarcable complejidad de su obra, procuran-

do dar una hasta ahora inexistente “expresión sistemática” a un pensamiento “hipersistemático”, aunque fragmentario, cuya concreción fue lastrada por la circunstancia vital del propio Leibniz.

Con respecto a Husserl y Heidegger, son de obligada referencia en la medida en que ambos compartieron tiempo e intuiciones con nuestro reconocido autor, y cabe situarlos en una misma órbita filosófica. Gravitando en torno a los conceptos de vida, razón e historia, los epígrafes dedicados a ambos pensadores en la obra que nos ocupa -y podríamos añadir a Dilthey-, demuestran su vecindad intelectual, pero asimismo, la cortés y a la par insalvable distancia de sus pensamientos.

Ortega no ahorra críticas esenciales y de sistematicidad a la fenomenología, pero no puede dejar de reconocer un diagnóstico y una meta común con Husserl. Tal era la pretensión de acudir “a las cosas mismas” -en tanto que el propio Ortega sostenía que las cosas eran las maestras del ser humano-, o la cuestión de reivindicar la intuición como “principio de los principios”, sin caer, eso sí, en el error de confundir la falsaria “conciencia de” con la más realista “coexistencia con” la cosa. Su reconocimiento es menor aún con la reinterpretación de la fenomenología que Heidegger hizo en su hermenéu-

tica de la facticidad, pero al ex rector de Friburgo le reprocha sobre todo que su tanatocentrismo pusiera las bases de una filosofía de la existencia preñada de patetismo o de fulgores románticos, provincianos y trágicos -golpeando de paso con ello al propio Unamuno-, y que se alejara de la pretensión de Husserl de establecer la filosofía como una ciencia estricta de las esencias.

Pero hay otra diferencia entre el griego, los alemanes y el español, que es la que sustancialmente debe ocuparnos: con Aristóteles y sus libros perdidos no podemos más que soñar, en ocasiones, plasmando estos sueños sobre el papel, tal y como lo hiciera Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, legando al mundo si bien no una continuación canónica de sus obras, si al menos una deliciosa impostura, pero asumiendo que jamás podremos recuperar su obra.

Sin embargo y con respecto al creador de la *Teodicea*, aún podemos bucear entre las decenas de miles de páginas inéditas, esperando encontrar los tesoros ocultos de su fecundo pensamiento, plegado en aquellos escritos.

Javier Echevarría llega a decir, con una sugerente metáfora en la presentación de la obra, que el de Leipzig todavía está en gran medida por descubrir, dado que además de haber

evolucionado en vida, merced a los diversos estudios que sobre él se han hecho, sigue haciéndolo tras su muerte. Podríamos decir que otro tanto sucede con el matemático de Prossnitz, cuya *husserliana* todavía espera a ser descifrada y publicada, quizá para corregir, desde las postrimerías, los iniciales errores de fundamento que Ortega le atribuía y las derivaciones impuras de sus discípulos.

Pero sucede algo distinto con Ortega y Heidegger, quienes habiéndose embarcado -el uno muy tardíamente, con el peso de la senectud, el otro quizá demasiado pronto, con la suficiencia y el ímpetu de la juventud- en sus obras más ambiciosas, no tuvieron ocasión o fuerzas para completar su tarea.

Y es por eso que debemos ocuparnos, en este contexto, de la situación del inacabado *La Idea de principio en Leibniz*, libro que según palabras de Jaime de Salas -uno de los autores de los magníficos estudios introductorios a esta edición-, sería el más directamente filosófico del autor de *Ideas y creencias*.

Hay que señalar, en este sentido, que para Julián Marías -discípulo de Ortega-, era también el más importante, tanto en lo que respecta al conjunto de su obra, como en lo que de aportación a la filosofía del siglo XX supuso.

Vistas la profundidad, el rigor y la deliciosa prosa con que está compuesto, no podemos menos que suscribir la grandeza de este libro. Sin embargo, parece atrevido hacer afirmaciones tan sonoras con respecto a su importancia filosófica en el siglo que habitaron Wittgenstein, Quine, Adorno o Heidegger.

Y es que la publicación original de Ortega apenas contaba con 450 páginas, y se constituía tan solo en la primera parte de una obra pensada como trilogía, lo que sin duda lo conecta casi poéticamente con la composición de *Ser y Tiempo*. Pero independientemente de las valoraciones o el impacto que cada una de las obras haya tenido en la historia de la filosofía, lo cierto es que Marías tenía razón en señalar un elemento importante: el libro que *La idea de principio en Leibniz* podría haber sido, tenía todos los constitutivos para convertirse en un clásico, en el vector de los tres elementos principales de la filosofía de Ortega: El perspectivismo, la razón vital y la razón histórica.

El autor y la obra

Una de las primeras sorpresas con las que se enfrenta el lector de *La idea de principio en Leibniz*, es que el título de la obra no parece hacer honor

a su contenido; las referencias a Leibniz son difusas: la figura del de Leipzig se muestra como preeminente en los primeros capítulos, pero luego va desvaneciéndose su protagonismo en cuanto nuestro autor comienza a desgranar la historia de los principios desde Platón, Aristóteles, Euclides y Descartes.

Habría que señalar, sin embargo, que quizá esto respondiera a la idiosincrasia de su método Jericó, que consistía en ir rodeando el problema hasta abordarlo en su centralidad. Siendo así, no cabía más que agradecer semejante rigor y prodigalidad; pero el problema es, como ya hemos sugerido, que Ortega no tuvo fuerzas a partir de 1947 para completar los otros dos tomos de este gran proyecto vital.

De esta incompletud deriva la orfandad que con respecto a la obra de Ortega sentimos, y cuanto más se muestra como dolorosa ausencia, más razón otorga a Marías con respecto a si estuvo llamada a ser un clásico de nuestro tiempo.

Sin embargo, como sucede con Leibniz y Husserl, son muchas las anotaciones que el autor de *Sobre la razón histórica* dejó inéditas, y que siendo recopiladas fundamentalmente por Soledad Ortega Spottorno, su hija y albacea, fueron puestas a disposición de la Biblioteca y Archivo Ortega, en-

tre otras instituciones, para ser publicadas por los investigadores e intentar arrojar luz sobre su inacabada obra.

Este trabajo responde precisamente a uno de esos últimos intentos, que complementa la publicación de sus obras completas y muchas de sus anotaciones. Aunque falta todavía por editar su correspondencia, es dudoso que esta vaya a aportar novedades sobre el proyecto del Leibniz, así que quizá nos encontramos con la contribución definitiva al esclarecimiento del mismo.

Si bien es cierto, como señala Javier Echevarría, que aquellos dos tomos nunca fueron escritos, y por tanto no puede elucidarse cuál fuera su contenido -aunque la nota 576 podría sugerir una estructura posible de la obra-, también lo es que la *Orteguiana* puede arrojar luz, al menos, sobre el método de trabajo del filósofo madrileño y sobre su forma de pensar.

¿Por qué Leibniz?

Es bien sabido, y queda claramente reflejado en los estudios introductorios tanto de Javier Echevarría como Concha Roldán, que la tarea de realizar este trabajo sobre Leibniz respondió, en un principio, a un encargo de Eulogio Varela para celebrar el tercer centenario del nacimiento del autor alemán.

Pero como suele suceder, una obra magna acaba por construirse con agregados multicausales, y el de la escritura de una introducción para los escritos científicos de Leibniz en su centenario apenas fue el detonante de una obra pensada en tres tomos que al final se quedó en uno: Ortega se enfrascó tanto en el estudio del autor de *Los nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, que muy pronto abandonó el encargo de Varela para, trascendiéndolo, poder alumbrar la que ya hemos visto, muchos consideran su obra más genuinamente filosófica.

No parece que la elección de Varela estuviese poco justificada; debía saber que Ortega sentía, desde tiempo atrás, un vivo interés por el autor alemán.

Y es que la relación del autor de *La rebelión de las masas* con Leibniz se dio muy pronto, en la primera década del siglo XX, en Marburgo, de mano del neokantiano Natorp, quien le infundió un vivo interés en la fundamentación rigurosa de la ciencia. Es obvio que el pensador de Leipzig era el nodo fundamental en la filosofía de los principios. Nadie como él había sabido sintetizar la cuestión metafísica y la matemática en un sistema coherente que alumbraría, durante siglos, nuevas perspectivas en ambos campos. Platón, Aristóteles, Euclides, Descartes y no en menor medida cierta escolástica, constituyen el subsuelo

que abriga los cimientos de Leibniz. El interés de Ortega en estos cimientos puede deberse, seguramente, a que pensaba que el bibliotecario de Hannover constituyó sobre ellos una primera nervadura del perspectivismo.

En un segundo encuentro, tal y como señala Javier Echevarría, fue esta cuestión del perspectivismo la que lo aproximaría al autor de la *Monadología*: Ortega, en la construcción de su propio proyecto, no pudo dejar de ensimismarse en Leibniz. En aquella obra, el de Leipzig había conseguido cristalizar, por primera vez, una formulación coherente de lo que el madrileño denominaría “perspectivismo”, y este podía ser el prisma desde el que la refracción de los distintos puntos de vista alumbrara la posibilidad de una búsqueda de los principios generales: la filosofía, siendo consciente del problema de la perspectiva, debía asumir el fundamento racional, vital e histórico -aunque siempre realista- de las teorías científicas. No parece aventurado ver en esta leve crítica a Newton, y a la luz de la polémica con Leibniz a través de Clarke, una reivindicación del pensador alemán. Dice Ortega:

La mecánica de Newton es verdad para un cierto sistema de medidas. pero tras este aparece otro. Aquel, pues, no es la Realidad. Al nuevo, sustituirá otro. Luego la verdad física lo es en sentido de una

perspectiva como tal: lo grande en sí se ve acaso como chico (la perspectiva no es *lo visto* en ella sino su conformación en ella).

¿Es toda verdad perspectiva?

La filosofía pretendería ser la perspectiva que coincida con la in-perspectiva, con la Realidad. Pero esto no es posible sino en el caso de que la Realidad sea *ella* perspectiva, sea punto de vista. Esto es la realidad que llamamos vida humana.

456

Ciencia y perspectiva

Hoja 14/4/5-4

Igualmente sugiere Echevarría que si Ortega quería mostrar el funcionamiento de la razón vital, no había mejor candidato que el autor de la *Monadología* para hacerlo. Viene a reforzar esta idea la aseveración de Concha Roldan en su estudio preliminar, ya sostenida más de una vez por ella misma y según la cual Leibniz era transversal en el pensamiento de Ortega.

Así pues, ya tenemos más de un motivo por el cual el autor de *Ideas y creencias* se aprestó a circundar los muros de Jericó para aproximarse a la ciudadela de Leibniz

Pero, según Jaime de Salas, Ortega también vio en Leibniz la excusa perfecta para desarrollar sus ideas sobre la razón histórica en un “arma de mayor calibre” -esto es, un libro, más que una simple constelación de artículos periodísticos-, que le hiciera justicia al concepto. La explicitación de la Ra-

zón histórica se vio espoleada precisamente por esa especie de *zeitgeist* que convergía en los estudios de Dilthey, Husserl, Heidegger y el propio Ortega sobre la dialéctica entre naturaleza e historia -y la preeminencia absoluta de la segunda sobre la primera en el ser humano-, por un lado, y las de vida y temporalidad por el otro.

La superación -hegeliana- del momento de *soberbia del Espíritu* que había supuesto Hegel -quien creía haber llegado a su culminación en sí mismo-, tanto por parte del neokantismo del que nuestro pensador se nutrió en Alemania, como de la vuelta a un pensador enigmático y casi olvidado que reclamaba derechos de propiedad en los recientes descubrimientos de la física de la relatividad -y añadimos, en las nacientes ciencias de la computación-, fueron el acicate necesario para que Ortega decidiese centrarse en el análisis de un aspecto puramente racional -la creación de principios-, desde un punto de vista histórico.

La idea es que todo sistema, efectivamente, se construye dialécticamente sobre otros, pero a su vez conserva -como es propio de la *Aufhebung*-, siquiera como vías muertas o errores, los hallazgos de los antiguos. A diferencia de Hegel, la razón histórica de Ortega no pretende alcanzar un *telos*, y la sentencia orteguiana que De Salas señala es suficientemente clarificado-

ra: *“El progreso no necesita ser absoluto para ser “absolutamente”, es decir, efectivamente progreso”*

Del mismo modo cabe señalar cómo en cada momento histórico se halla la totalidad del pensamiento precedente, aunque no necesariamente del posterior; tal y como diría Ortega (O.C. VIII, 90) “Por supuesto que hoy no es mañana”, pero lo que esto sugiere es que el “modo de pensar” de Leibniz -y de cualquier otro- “estaba ya preformado en su época”, y por tanto podía ser reconstruido apelando a la historia.

Precisamente de eso debía ocuparse *La idea de principio en Leibniz*. Quizá de esto pueda ocuparse la presente edición con respecto al “modo de pensar” -que no el pensamiento- de Ortega.

¿Qué podemos encontrar en esta edición?

A la obra canónica de Ortega se han añadido, por lo pronto, una presentación de Javier Echevarría y tres estudios introductorios de Jaime de Salas, Concha Roldán y de nuevo Echevarría.

En la presentación, Javier Echevarría señala las condiciones personales del filósofo y cómo estas influyeron a la hora de elaborar su obra. A caballo entre Lisboa y Madrid, Ortega pudo

acabar el manuscrito de la primera parte en apenas ochenta días, lo que no cabe interpretar como un arrebatado de inspiración repentina, sino -más en la línea de la elaboración de la primera de las críticas de Kant-, como el precipitado de años de estudio previo. Los materiales del denominado “montón Leibniz”, que debieron constituir el armazón de cada una de las tres carabelas que navegaran sobre el pensamiento del autor alemán, quedaron inéditos aún después de la muerte del madrileño, cuando fue publicada la primera parte, y así permanecieron hasta el presente en que han decidido recuperarse para esta edición ampliada.

Así pues, a la edición de la obra de referencia se añaden, por supuesto, la conferencia sobre el optimismo -que podía ser un esbozo de la temática del tercer tomo de la proyectada obra-, y nada menos que 250 páginas de apuntes (587 notas), ordenadas bajo diez epígrafes (desde el C1 al C10), que incluyen un léxico leibniziano, anotaciones previas a la obra principal, correcciones para la misma y trazos para lo que pudieron ser las otras dos.

En este sentido, parece importante centrarse en la ya mencionada nota 576, de donde, abstrayendo los epígrafes efectivamente publicados en el primer tomo, no sería aventurado deducir cuáles podrían ser algunos de los temas

tratados en los otros dos. Sin embargo, el propio Javier Echevarría es muy prudente con respecto a esta aseveración, y en algún momento se sirve de metáforas leibnicianas para aclararlo: lo que no entra dentro de lo composable, es en realidad solo accesible a la mente de Dios. Los dos libros no escritos de Ortega se perdieron en el mundo de los libros posibles y son ya irrecuperables.

Así pues, son estas aportaciones importantes, que nos hacen sentir aquella orfandad antes mencionada con respecto a los textos inacabados, para más tarde aliviarla con la presentación de los apuntes, anotaciones y esbozos de lo que, si bien no debe colegirse que pudieran llegar a ser borradores de las dos siguientes entregas de la trilogía sobre Leibniz que Ortega no llegó a acabar -su fragmentariedad y escasez apenas alumbran el proyecto de un proyecto-, sí muestran al menos que Ortega nunca dejó de tener la intención de completarlas.

Pero además, y sobre todo, -tal y como Javier Echevarría sugiere en la

emotivísima conclusión de su presentación- explicitan los mecanismos del trabajo intelectual del filósofo: muestran cómo pensaba y cómo escribía, para que los estudiosos puedan seguir desplegando la entidad Ortega en su devenir.

Estas publicaciones amplían nuestra interpretación del autor de las *Meditaciones del Quijote*, del mismo modo que los trabajos del madrileño ampliaron nuestra visión de Leibniz, y ambas, en tanto que perspectivas, lo hacen con la visión de la filosofía en general, con la mismidad del pensamiento a través de las épocas.

Este libro imprescindible de Ortega merecía una edición como esta. No puede recuperarse un libro no escrito, es cierto. Pero si el ser humano elabora su proyecto a través de la imaginación, cabría suponer también que este acabado proyecto pueda hacernos reconstruir, merced al recurso a esta capacidad humana, lo que pudo haber sido.

Con ello, sin duda, podemos aliviar nuestra sentida orfandad.

Ángel Vallejo